

mayor de la Corte; los estatutos de la orden de Guadalupe lo designan para el de Gran Canciller de la misma; el nombramiento de Nuncio recaerá de seguro sobre *persona grata* al Emperador, *gratisima* al Arzobispo; y el influjo de éste sobre el enviado de Roma coadyuvará á reparar los males hasta aquí causados y á reanudar los rotos vínculos entre la Iglesia y el Estado.

¿Á qué recordaros, señores, que todas fueron ilusiones que se disiparon como el humo? ¿Á qué renovar dolores pasados enumerando los desaires personales que llovían sobre el desgraciado arzobispo, los golpes que se asestaban continuamente á la Iglesia, la guerra que el Emperador declaró al Prelado mejicano? Fortuna que, como antes he dicho, se había aprovechado la Santa Sede de la independencia entre la Iglesia y el Estado declarada por el presidente Juárez para nombrar, entre otros dignatarios, al arzobispo de Méjico antes del advenimiento del Emperador y sin contar con las potestades seculares. Esto dió al Ilustrísimo Sr. Labastida una fuerza y un prestigio que no tiene jamás el Prelado que debe su dignidad al favor humano ó las intrigas de corte, é hizo que se despuntaran contra su pecho las saetas del Emperador.

Entretando, alejado de la política y del palacio imperial, se consagra exclusivamente el

arzobispo á su ministerio pastoral. ¡Cuánto me agrada escucharlo todos los días festivos en la parroquia del Sagrario, distribuyendo personalmente á sus diocesanos el pan de la palabra de Dios! En el edicto que publica antes de su visita á la arquidiócesis, provee admirablemente á las necesidades de los pueblos y entra en los pormenores más minuciosos relativos á la liturgia sagrada. Sin mirar á la inclemencia de las estaciones, á la inseguridad de los caminos, á los peligros que corre su persona y á los obstáculos que le imponen amigos y enemigos, busca á sus ovejas por montes y por valles; y al mismo tiempo que, cual otro Toribio de Mogrovejo, administra la confirmación á centenares de millares, predica con frecuencia en aldeas y ciudades, y acude todos los días al confesonario á curar las dolencias espirituales y á escuchar las quejas que sobre asuntos temporales le dirigen los fieles.

¡Celoso Pastor! De poco servirán tu vigilancia, tu piedad, tus sudores. Lo que predijiste á tus colegas en la Regencia y al general francés, ha empezado ya á realizarse. Sin haber ganado á sus adversarios, habiendo alejado á sus amigos, abandonado de sus aliados, sin la protección que esperaba de las Cortes de Europa, sin el apoyo de la Iglesia que ha perseguido, el Monarca se encuentra aislado y es inevitable su ruina. En tan amarga situación vuelve de

nuevo los ojos á la Santa Sede, y ésta ordena al arzobispo de Méjico que, en unión de los demás Prelados de la Iglesia mejicana, forme un proyecto de concordato sobre bases generosas, sí, pero admisibles por la Curia romana. Los que tachabais de intransigente al arzobispo Labastida; los que atribuís á su obstinación el desprestigio del Gobierno imperial; los que lo juzgabais el único obstáculo á la consolidación de la Monarquía, venid ahora y ved á cuánto se plega, y cuánto concede, y á cuánto se amolda. ¡Oh! Si estos arreglos se hubieran emprendido desde el principio; si estas negociaciones se hubieran entablado antes de los pasos precipitados de la Regencia y el Emperador, ¡cuánto llanto, cuánto luto, cuánta desolación se habría ahorrado á Méjico! Ahora ya es tarde. La ruina definitiva de la Monarquía es inminente. Los que, á despecho de los consejos del previsor arzobispo, creasteis la anómala situación que os ha conducido al abismo, quedaos á perecer con vuestro mal aconsejado soberano y á sufrir con valor las consecuencias de vuestros errores. En cuanto á ti, ¡oh Prelado! tu deber como Pastor es conservarte para tu grey y gobernarla de cerca ó de lejos, defendiéndola de los lobos carnívoros que no han cesado de asaltarla. Como político, ningún deber te incumbe de arriesgar tu vida por el ingrato príncipe que desoyó tus consejos,

que te alejó de su lado, que te persiguió y humilló y te borró del catálogo de sus partidarios. Sálvate, sálvate con oportuna retirada.

V

¿Quién podrá olvidar la mañana del 5 de Febrero de 1867? Paréceme aún ver desfilar las tropas francesas frente á los cerrados balcones del Palacio imperial, y á su jefe solicitar en vano siquiera una mirada de despedida del ofendido Emperador. Aun recuerdo el sentimiento, si no de gozo, por lo menos de consuelo y de alivio, que su partida definitiva causó en los ánimos aun de los más adictos á la Monarquía. Al ver marchar rumbo á Francia aquellas huestes que sólo habían venido á empeorar la situación de todos los partidos, resonaban involuntariamente en los oídos de los espectadores las célebres palabras de Paulo IV, que acababa de repetir y aplicar á su caudillo en memorable asamblea, un insigne literato: «Idos. Habéis hecho muy poco por vuestro soberano; menos aún por la Iglesia: nada, absolutamente nada, por vuestra honra.»

Á la vanguardia de este ejército en retirada emigraba nuestro lamentado arzobispo. Emigraba, sí. En un documento que vió entonces la luz, se afirmaba que iba llamado por el Sumo

Pontífice á asistir á la celebraci3n del Centenario del martirio de San Pedro, y á la apoteosis de los mártires gorcomienses. Otro tanto repitieron sus bi3grafos en la solemnidad de su jubileo sacerdotal, sin pensar que le hacían un disfavor suponiendo que, sin otro motivo, abandonaba su di3cesis en momentos tan críticos para el Trono y el Altar. Más me place decir la verdad entera ante esa tumba, y afirmar con San Atanasio que el substraerse á las persecuciones de sus enemigos y el evitar caer en sus manos no arguye en modo alguno flaqueza ó cobardía. ¿No huyeron, diré con este Padre, Jacob, y Moisés, y David? ¿No se descolgó Pablo en una cesta de los muros de Damasco? ¿No siguió Pedro al ángel que rompió sus cadenas y los cerrojos de la prisi3n? ¿No se escondió Cristo mismo repetidas veces? Pero cuando fué preciso se presentaron todos á sufrir la muerte y dieron pruebas de inquebrantable fortaleza. No temamos, pues, confesar que el Ilustrísimo Sr. Labastida se substra3o á las asechanzas de sus enemigos, y se conservó para su grey con una prudente retirada.

En Roma encontró de nuevo á su amigo el arzobispo Munguía, desterrado con disimulo hacia dos años por el Gobierno imperial; y empezaron juntos de nuevo la vida, no diré de proscriptos, pero sí de emigrados. ¡Cuán diferente era este destierro del primero! Sin espe-

ranzas ya, sin ilusiones, sin los sueños de felicidad para la Iglesia, que los habían alentado en la primera época, les era amarga la existencia, aun á la sombra del Vaticano. El arzobispo de Méjico, sobre todo, ya no aparecía como mártir de las inmunidades de la Iglesia, sino como víctima voluntaria de una empresa que la Corte romana había visto siempre con malos ojos, por ser el alma de ella Napole3n. La alegría de las fiestas del Centenario de San Pedro, que le había servido de pretexto para su viaje, se convirtió en dolor con la noticia de la catástrofe de Querétaro. El *vae victis* del Cerro de las Campanas repercutió en las Siete Colinas y vino á herir profundamente al Prelado. Se creyó imposible su regreso á Méjico, y aun se llegó á pensar en pedirle la renuncia del arzobispado, atizando el fuego en este sentido aun alguno que le debía grandes favores y ha medrado después á su sombra. Llegó á parecerle mefítico el aire de aquella Roma que tanto amaba, y en compaía de su amigo y compaero de proscripci3n buscó consuelo bajo el risueño sol de Andalucía. Empeño vano. Presto regresó á la Ciudad Eterna, donde la tristeza aceleró la muerte del arzobispo de Michoacán, quedando el de Méjico solo en aquel mundo.

Afortunadamente la convocaci3n del Concilio Vaticano, comprendiendo al Sr. Labastida,

como á todos los obispos del orbe, le hizo olvidar su destierro, y lo colocó en una posición normal aun á los ojos de aquellos que habrían deseado verlo destituido. Presto se vió rodeado de compatriotas, y pudo soñarse otra vez en Méjico cuando se veía presidiendo el grupo de los Prelados de Michoacán y Guadalajara, de Puebla, de Veracruz, de Oajaca, de Chi-lapa, de Chiapas, de Zacatecas y de los clérigos que formaban su séquito. Ya fuese el desaliento que producen los desengaños, ya el temor que tiene de correr aun en lo llano quien ha tropezado en terreno escabroso, no quiso en aquella grande asamblea representar otro papel, fuera del que necesariamente le competía como arzobispo de una importante metrópoli. Así es que ni lo vimos nunca pedir la palabra, ni acaudillar grupo alguno, ni tomar parte activa en las agitaciones que conmovieron al augusto Senado. Por el contrario, lo contemplamos con toda calma y aplomo trabajar en la comisión para asuntos de fe, de que formaba parte importante, opinar en todas las cuestiones de la manera más ortodoxa; resistir á las sugerencias del inquieto obispo de Orleans, que quería atraer á su partido á los Prelados latino-americanos, y agregarse al número de los que pidieron desde el principio que se declarara el dogma de la infalibilidad pontificia.

La invasión de lo que aún quedaba al Papa de sus Estados, suspendió el Concilio; y aquella Roma, antes tan pacífica y dulce, se convirtió en teatro de convulsiones y luchas que hicieron alejarse de sus profanados muros á la mayor parte de los Prelados, y entre ellos al de Méjico. Afortunadamente las puertas de la patria se le abrían al mismo tiempo. El presidente Juárez había concedido amplia amnistía; y aunque el antiguo Regente era de los pocos exceptuados, en breve se borró aun esta excepción, y se le llamó al seno de su Iglesia. El 12 de Mayo de 1871 pisaba de nuevo las playas de la patria.

VI

Que las consideraciones sociales de que disfrutó el Sr. Labastida en sus últimos años, y el nunca visto cortejo que lo acompañó á su última morada, no os hagan olvidar, señores, la triste condición que guardaban hace veinte años la Iglesia mejicana en general, la arquidiócesis de Méjico en particular, y su recién amnistiado Pastor. Volvía éste á su grey, no como conquistador á quien esperan frescos laureles, sino como príncipe vencido, que torna á su capital, convertida por el triunfante

enemigo en un montón de cenizas, y á quien sólo la fuerza de la disciplina y el temor de males mayores puede conservar á la cabeza de su desalentado ejército. No sólo á la vista del vencedor, sino bajo su hostil vigilancia, tenía que reedificar desde sus cimientos el arruinado templo. No con rayos ni truenos, sino á fuerza de paciencia y de mansedumbre le era preciso reconquistar los perdidos corazones. Había pasado el tiempo de librar las batallas campales de otros días. Sólo con retiradas continuas, sin aventurar más que ligeras escaramuzas, y contemporiando como Fabio Máximo, podía obtener el triunfo final en medio de tantos desastres. ¿Logró por completo su fin? ¿Podemos grabar sobre su tumba el mote del célebre romano, *cunctando restituit*? Vamos á examinarlo brevemente.

Solía decir el Ilmo. Sr. Labastida poco después de su regreso, que con excepción de la de Tamaulipas (que yo ceñía entonces) y de otra cuyo nombre no recuerdo, habría cambiado su propia mitra por la de cualquiera de sus colegas mejicanos. Aunque pronunciadas en tono de broma, no había exageración en el fondo de estas palabras. Y, sin embargo, muy presto empezó á mejorar su situación. El presidente Juárez templó mucho sus antiguos rigores, y comenzó á interpretar sus propias leyes de una manera más benigna, que permitió respirar á

la afligida Iglesia. El Prelado mejicano se aprovechó de esta templanza y dió los primeros pasos en el camino de la reconstrucción.

¿Quién habría dicho, en los tiempos del Imperio, que el Regente había de llorar á su antiguo enemigo? Tal acaeció á la muerte del presidente Juárez. ¿Á qué recordaros el ostracismo de tantas heroicas mejicanas consagradas á la beneficencia; á qué la destrucción de la selecta Universidad que en su reformado seminario acababa de crear el arzobispo; á qué renovar el dolor de tantos otros ataques contra la Iglesia, cuando ésta ya no lo esperaba, y sin que hubiera habido la más leve provocación? Sólo os haré notar la diferencia entre la táctica del Prelado en 1874 y en 1856 ó 1864. Callar era imposible; pero temiendo sin duda dejar correr la pluma como en la época de su episcopado en Puebla, ó en los tiempos de la Regencia ó del Emperador, encomendó la redacción de su protesta á un obispo pacífico en extremo, retirado del mundo y de sus luchas, y cuya prudencia parecía rayar en timidez. ¿Fué, por ventura, la excesiva moderación del documento la que contuvo el brazo perseguidor y evitó mayores males á la Iglesia? ¿Fueron los acontecimientos posteriores, frescos aún en vuestra memoria? A vosotros y á la posteridad reservo el arduo fallo que no me atrevo á pronunciar.

Permitidme que, sin seguir paso á paso el desenvolvimiento de sucesos que habéis presenciado, os lleve de un salto á la época en que, á fines de 1889, celebró su jubileo sacerdotal. El extranjero que haya asistido á tan solemnes fiestas, que haya visto á los obispos agrupados en derredor del metropolitano de Méjico, al numeroso clero é incontables fieles que demostraban con su actitud y sus palabras que pertenecían al Prelado sus corazones; que haya admirado la riqueza de la basílica, la esplendidez de los regalos, la magnificencia de las obras emprendidas en Guadalupe; que haya observado la cortesía y mutua benevolencia de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, habrá podido creer que unida de nuevo la Iglesia al Estado, y derogadas las leyes contra la primera, existía perfecto acuerdo entre el primer Magistrado de la Nación y los obispos de las diversas diócesis, y que el arzobispo, cuyo jubileo se celebraba, era no sólo Prelado de una Iglesia y metropolitano de una entre varias provincias eclesiásticas, sino (como ha dado en llamársele) jefe de la Iglesia mejicana, con potestad de jurisdicción sobre obispos y fieles en toda la extensión de la República.

Nada menos cierto; pero esa unión de los obispos entre sí, y con el principal metropolitano; esa adhesión del clero y de los fieles al

más insigne de sus Pastores; ese acuerdo, aunque poco estable, entre las potestades seculares y eclesiásticas; esa prosperidad, aunque precaria, de la Iglesia y sus establecimientos de educación y beneficencia, son pruebas manifiestas de las conquistas llevadas á cabo en veinte años por el arzobispo Labastida. ¿Inició él y dirigió ese movimiento hacia el orden y la moderación que se nota tiempo há, ó no hizo más que seguirlo? ¿Creó él la situación, ó no hizo más que aprovecharse de las circunstancias? Como quiera que sea, es grande su mérito, y sería odioso el disputárselo. Cuando vemos entrar en el puerto una barca desmantelada y casi sumergida, ¿preguntamos, por ventura, si el piloto la movió con improvisados remos, ó si no hizo más que aprovecharse de las corrientes que la condujeron á seguro abrigo? No ofendamos con dudas inútiles al que tan bien supo guiar la desmantelada nave de la Iglesia de Méjico.

De la Iglesia de Méjico, sí; y al decir *Méjico* me refiero esta vez á las tres provincias eclesiásticas y á las diócesis todas de la República mejicana. Al ver su tacto y su prudencia; al sentir, aun en las más remotas regiones, los buenos efectos de su política conciliadora, empezaron á recurrir á él uno á uno todos los Prelados y á pedir su consejo y solicitar su protección. De igual manera la Santa Sede de-

positó en él su entera confianza, le encomendó negocios aun fuera de su provincia y del país, le consultó sobre el nombramiento no sólo de sus obispos sufragáneos, sino aun de los de Guadalajara, Michoacán y Guatemala, y suspiraba por acumular sobre él nuevos honores que redundaran igualmente en la gloria de Méjico y de la América española.

¡Ah! ¿Por qué no veo sobre ese féretro el capelo cardenalicio con que desde hace más de diez años deseaba el Papa León XIII condecorarlo? ¿Por qué, por qué....., señores? Se os ha revelado ya fuera de este recinto, y no necesito recordarlo. La dignidad cardenalicia no es meramente eclesiástica, y exige, para que se lleve sin desdoro, algo más que puras muestras de cortesía personalísima de parte de las potestades seculares. Que á más no ha llegado la benevolencia de los que hace tiempo rigen nuestros destinos, á nadie se oculta. ¿Habría pasado adelante si el Señor hubiera concedido al difunto arzobispo aún algunos años de vida? De tal se lisonjaba el leal Prelado, habiendo por fin encontrado, aunque con otro nombre, el ideal que en otro tiempo se forjara de un poder fuerte, reconcentrado en una persona, capaz de asegurar la paz, de fomentar la industria, de impulsar el progreso, de proteger las ciencias, de engrandecer el país y que no tardaría en conocer que para consolidar todos

estos bienes era preciso buscar el apoyo de Dios. Ni en éste, ni en otros muchos puntos de menor interés vió logrado el fruto de sus continuos sacrificios, de la paciencia con que soportaba desaires personales é injurias á la Iglesia, del silencio que guardaba aun en medio de los mayores desmanes, por no retardar la obra de la pacificación que tan á pechos había tomado. Murió sin verla del todo lograda, y antes bien con el sentimiento de que el silencio guardado, aun después de la reciente Encíclica del Papa León XIII, contra el enemigo capital de la sociedad y la religión había sólo servido para dar nueva audacia y nuevos bríos á la hidra venenosa que el Pontifice quería sofocar. Murió sin ver terminada la obra grandiosa que en honor de la Patrona de Méjico emprendiera en Guadalupe; sin haber inaugurado el templo que en honor del más grande de los mejicanos, San Felipe de Jesús, empezó á levantar desde los cimientos; sin lograr que se restituyera á los arzobispos de Méjico el palacio monumental perdido durante su episcopado. En verdad, señores, que no hubo antes que él Pastor alguno en la metrópoli mejicana que tanto padeciera ni tanto luchara, que tan altas dotes poseyera para el gobierno de la Iglesia y del Estado; que tan sublimes proyectos concibiera; que tales virtudes mostrara. Y, sin embargo, ¿qué empresa

suya pudo llevarse á término? ¿Qué designio no se vió frustrado? ¡Quiera el cielo apagar por fin el fuego de su indignación contra nosotros, que aún se mantiene vivo, é impide que nos aprovechen sus beneficios! *Similis illi non fuit ante eum rex, neque post eum surrexit similis illi. Verumtamen, non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni, quo iratus est furor ejus contra Judam.*

Al ver desaparecer á un Prelado tan insigne cuanto desgraciado, quedanos el consuelo de que ha bajado á la tumba llevándose tras sí los corazones. La recompensa que prometió el Señor á los mansos, fué que llegarían á poseer la tierra; es decir, el imperio de las almas, el respeto, el amor, la gratitud universal; *beati mites quoniam ipsi possidebunt terram.* En ninguno mejor que en el grande arzobispo de Méjico ha tenido la promesa divina su pleno cumplimiento. Los mismos que hace veinticinco años habrían quizá derramado su sangre, se postraron después á sus plantas cautivados por su mansedumbre. Los que en público lo vilipendiaban, en secreto se deshacían en alabanzas de quien era tan fácil para perdonar, tan benévolo, tan generoso, tan dulce; que á todos socorría, á todos recomendaba, á todos oía con invicta paciencia. Quedanos el consuelo de que su muerte fué la de un monje. Su vida, siempre arreglada, siempre piadosa,

había adquirido los últimos meses tal precisión, tal regularidad en sus prácticas religiosas, que parecía una larga preparación para la eternidad. Así es que, aunque no presentía su próximo fin, purificó su alma, no muchas horas antes, en el tribunal de la Penitencia y se alimentó con el Pan de los fuertes, lejos aun de creer que le serviría de viático en la celeste jornada. Era la tarde del 4 de Febrero. Según los usos de la Iglesia, desde la hora de vísperas había empezado el 5, consagrado al protomártir de Méjico San Felipe de Jesús. Terminado el oficio del día que expiraba, había recitado los maitines del siguiente y preparado los puntos de meditación para la mañana, cuando sin agonía, sin espasmos, sin dolores, entregó al Creador aquella alma que tan atribulada se había visto en la tierra.

Orad por él, Pastores que recibisteis de su mano la consagración episcopal. Orad, sacerdotes á quienes él confirió la sagrada unción. Orad, ¡oh fieles! que amasteis á aquel cuya diestra acumuló sobre vosotros tantos beneficios espirituales y temporales. Orad, los que lo escarnecisteis y vilipendiasteis.

¡Oh Cristo!, que desoíste nuestras súplicas cuando te pedíamos que prolongaras sus días sobre la tierra: acoge benigno nuestras fervientes oraciones, hoy que imploramos para su alma la luz perpetua y el eterno descanso.